

# Books from Uruguay

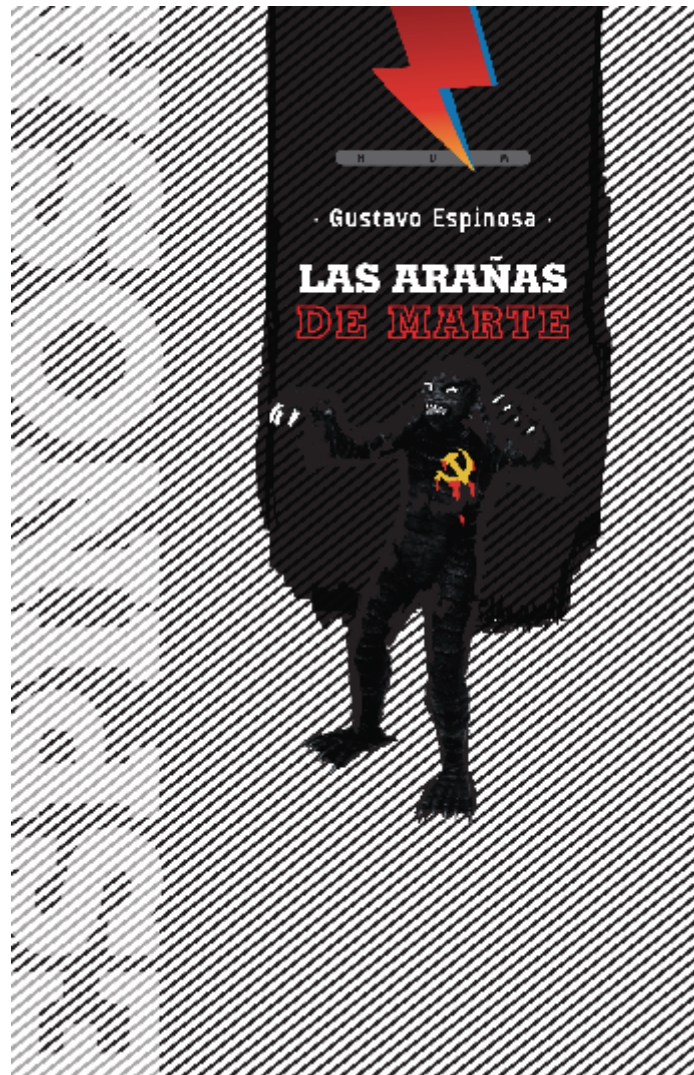
## *Las Arañas de Marte*

**Gustavo Espinosa**

Novela

2011 (3ª edición)

978-9974-699-13-7



## Contratapa

Una historia tragicómica e intensa, un testimonio literario entrañable ambientado en el Treinta y Tres de los años 70. El protagonista es Quique, un joven guitarrista que por distintos motivos se involucra en un show miserable, deslumbrado por criaturas como el Trovero y la sensual Viali Amor. Todo ocurre en Treinta y Tres, mientras recrudece el delirio fascista de los 70, mientras se oye música de payadores y de glam rock, en tanto se anuncia el advenimiento de El Monstruo de Londres, La Araña Negra y otras entidades bizarras que habrán de acabar con la dictadura. La prosa del autor viaja del humor negro a la tragedia, de la más profunda amargura al esperpento más chirriante, de los extravagantes versos del Trovero a la admirable escritura de ese gran poeta que es Gustavo Espinosa.

## Fragmento

Estuve solo segundos, un minuto tal vez, agachado entre los malvaviscos y los cardos, a dos metros de la ventana. En aquellos segundos, cupieron las primeras patadas brutales en la puerta, los graznidos de órdenes y códigos, los haces de linternas entrecruzándose por la pieza y los alaridos de Viali insultando y llamándome. También cupo en aquel minuto mi decisión de largarme a correr a través del matorral.

No sé si será un dispositivo de la memoria para atenuar, mediante el ridículo, aquel recuerdo horrible. Pero, cada vez que repito para mí o para otros el relato de aquella huida enmarañada, no puedo dejar de verme como Blancanieves corriendo aterrorizada a través del bosque nocturno, donde los árboles malignos cobraban vida para retenerla y desgarrarle la enagua. Disparé encorvado entre el yuyal y gané el monte del Ejido. Tropezando en las ramas caídas de los eucaliptos, arañándome la cara y los brazos en las púas bajas de los algarrobos, trataba de evitar los senderos que Viali me había enseñado. Me metí en un bañado que me enlenteció; paré dos o tres veces entre las pajas para resollar y escuchar. No podía permitirme ningún alivio. Si me perseguían, todavía andaban lejos. En una de aquellas detenciones pude decidir una dirección: la Ruta 8. Cuando terminó el monte, esperé un rato tendido boca abajo sobre el pasto mojado. Apenas pude recuperarme del ahogo, formé carrera y trepé el terraplén. En el borde de la carretera apoyé las manos en los muslos para seguir jadeando y escupiendo el agotamiento, haciendo arcadas de vino. No recuerdo, en mi vida, un momento de resignación tan abrumador como aquel. Era un ruidito aflautado y una luz chica que se acercaban desde la ciudad, rumbo al sur, por la ruta. No tuve la megalomanía de pensar en Dante, cuando zafó de la selva oscura solo para toparse con las tres alimañas famosas. Si querés una verbalización verosímil de aquello, tendrás que escribirlo en treintaytresino de los setenta: tanto nadar y morir en la orilla. O mejor: que se vuelva el bicho que quiera. Así quedé: mirando la gramilla de la banquina, de espaldas al asfalto, al ruido y a la luz que avanzaban (yo creía que hacia mí, hacia el inmundo subversivo que se arrastraba como víbora en los bañados) por la carretera. El sonido de la Velosolex cruzó tras de mí, comenzó a achicarse, se ahuecó un poco al pisar el puente sobre el río —a unos cincuenta metros— y siguió su camino. El alivio, como una droga, me maravilló y me puso lúcido. Caminando como un inconcebible peatón casual, atravesé la ruta desierta, me deslicé como en un tobogán por el terraplén y entré de nuevo en el monte más seco y abierto de la otra orilla.

Cuando, aquella noche de 1985, entre ruido de vidrios y de fútbol en el televisor del bar, repetí para mi amigo reencontrado y borracho, la otra noche, la de hacía diez años, yo la había contado antes algunas veces. Al llegar al momento en que atravesé la Ruta 8, nunca había dejado de puntualizar que en aquel cruce habían comenzado a transcurrir las peores horas de mi vida. Ante el Cabeza, sin embargo (y a pesar del whisky con que yo había seguido de lejos la borrachera de él) me cuidé de semejante evaluación. Mientras yo —sin otro martirio que los mosquitos, el frío y la humedad crecientes, las alpargatas empapadas y rígidas— me había agazapado a la orilla del monte, el Cabeza y veintitantos más ya estaban soportando, encapuchados, pateados y escupidos, un plantón que iba a durar varios días, que solo iban a interrumpir las inmersiones, la electricidad y los soplamocos.

No recuerdo haber diseñado mi plan, haber pensado dudas o alternativas. Supongo que todo estaba decidido cuando traspuse la carretera. Lo que tenía que hacer era escuchar hasta que apareciera, en la curva de la Plaza de las Américas o seguramente antes, el ruido del GM de ONDA. Como casi todo compatriota de aquellos tiempos, yo era capaz de reconocer aquel sonido desde muy lejos, aun si tenía que discernirlo, como era el caso, entre el ronroneo de transatlántico de los pistones gigantes de la usina cercana, que eran el fondo sonoro invariable de aquel extremo de Treinta y Tres. Debo de haber estado dos horas y pico sentado contra el tronco descoyuntado de un mataojo. Veía las pocas luces del puente y las ramazones más cercanas. Pasaron seis o siete vehículos, casi todos camiones, y el ruido de un jeep que me hizo saltar, entrar diez o quince metros dentro de la mugre del monte y esperar de panza en el suelo hasta que dejó de oírse. En el morral tenía dos duraznos medio verdes, que estuve manoseando a manera de amansalocos, el transporte de la guitarra, el cuaderno Mis Trabajos y un buzo liviano de

# Books from Uruguay

otoño. Tenía también la billetera con unos pocos pesos y con el carné de descuentos para familiares de empleados de ONDA. Dos o tres veces, porque creí que no tardaría en asomar el ruido del coche que debía pasar hacia el sur a las dos de la mañana, fui hasta la orilla del agua, me humedecí el pelo tratando de peinarlo con los dedos y me puse el buzo para esconder el barro y las manchas de pasto de la camiseta. Fueron errores de cálculo, y con ellos un miedo nuevo brotó como una yema venenosa dentro del gran miedo, territorio que de algún modo yo tenía mapeado, en el cual ya había aprendido a funcionar con cierta fluidez. Tal vez —no sabía cuánto había dormido con Viali— la ONDA ya había pasado. Entonces, cuando empezara a amanecer, no tendría más remedio que ponerme a caminar rumbo a casa o rumbo al barrio Suárez o directamente rumbo al cuartel.

Al fin se oyó el ómnibus. Volví a trepar el terraplén, tratando de no seguir ensuciándome. Antes de ver las luces, mientras el ronquido del GM engordaba en la oscuridad, ensayé el gesto de tender la mano para detenerlo. No debía percibirse en mi ademán tembleque el menor residuo de la desesperación de un subversivo prófugo. Cegado por los focos que se acercaban, sin apartar la vista de ellos (como los que van a ser abducidos en una película de marcianos), juré que si el GM no disminuía la velocidad para detenerse, me iba a arrojar bajo las ruedas. Pelilargo, barbudo, sucio y sudoroso, yo era el identikit de cualquier subversivo prófugo. Sin embargo, el ómnibus paró. Durante un buen tiempo, ya en el convento del Prado, o después, rumbo a Frankfurt en el avión, no tuve más remedio que atribuirle a Dios el milagro por el cual el chofer se detuvo para que yo subiera, y el guarda me expendió un pasaje a Montevideo con su correspondiente descuento, previo cotejo del carné con mi cédula de identidad. Aquel chofer pelado, con un cigarrillo negro pegado en la orilla de los labios, el guarda displicente, canoso e incoloro, que me llamó caballero y me asignó el asiento treinta y dos, fueron durante algunos días las personas que más amé en este valle de lágrimas. Diez años después, haciendo campanear el hielo dentro de su vaso marrón, el Cabeza opinó lo mismo que han opinado todos los que han oído estas declaraciones de amor:

—Debían de ser conocidos o amigos de tu viejo, pelotudo.

Es probable. Tal vez se detuvieron para levantarme y luego entregarme a las fuerzas conjuntas. Tal vez se arrepintieron, al comprobar que, aunque parecía un linyera marxista, yo era el hijo de un compañero de trabajo. Por otro lado, en 1975 la gente ya se había olvidado un poco de los tupamaros y aún no estaba demasiado enterada de que los milicos estaban dedicados a salvar el país de una plaga nueva, de la que yo formaba parte.

Durante la oscuridad del viaje, además del terror, mi ocupación fue tratar de no despegar los brazos del cuerpo, para proteger a mi compañera de asiento (una señora de mechitas que yo había visto alguna vez cerca de tu casa) del hedor que se evaporaba de mí. Cuando el ómnibus se detenía en algún pueblo o parada, me hacía esforzadamente el dormido. Si el pasajero que acababa de subir en Pirarajá o en algún punto cualquiera entre Mariscal y Minas era en realidad el secuaz del Cholo Miraballes destinado a prenderme, alertado por radio o por teléfono, más valía que pensara que yo estaba durmiendo, valiente y despreocupado, sin importarme nada.

Me dormí de verdad cuando ya estaba aclarando, a la salida de Soca. Soñé con la Isla de los Putos, pero sin Viali y arruinada por algo espantoso, algo como una peste metafísica que solo yo percibía, porque había sido operado del cerebro por un sabio perverso que tenía la nariz de Román.